

# B1C02 — La Arboleda Sin Sombra

## La Arboleda Sin Sombra

El último paso no fue un paso en absoluto, sino un cese. Durante semanas, el mundo había sido un lienzo uniforme de arena roja, una agotadora marcha a través de los yermos de Serephis donde cada pisada era idéntica a la anterior. Recordaba la arena interminable, el sol que le horneaba la duda hasta los huesos. Entonces, el mundo se quebró. La línea era tan nítida que parecía deliberada, un muro trazado sobre la creación. Un instante, un viento caliente y abrasador rasgaba su armadura; al siguiente, solo había aire fresco e inmóvil. Su pie derecho se posaba sobre la reseca tierra carmesí, mientras que el izquierdo flotaba sobre un suave musgo esmeralda. El aroma a roca calcinada dio paso a un olor limpio y penetrante, como el aire después de la caída de un rayo.

Se detuvo a mitad de zancada, una estatua marcando la frontera entre dos mundos. Su mano, una criatura de hábitos, fue a la empuñadura de la hoja celestial que ya no portaba, los dedos cerrándose sobre el aire vacío. El dolor hueco en su pecho, la sorda llamada que lo había arrastrado a través del desierto, se agudizó hasta convertirse en una frecuencia clara y alta. No era un sonido, sino una sensación, una resonancia que vibraba tras sus costillas. No sabía si era una promesa de alivio o una última y terrible advertencia.

Ante él se erguía un muro de árboles, sus hojas de un pálido brillo metálico que parecía generar su propia luz. El resplandor del interior de la arboleda era difuso, sin origen, ajeno a cualquier sol que hubiera conocido. Un profundo silencio emanaba de la linde del bosque, una quietud contenida que se sentía más como una presencia que una ausencia. El rostro preocupado de Gabriel apareció en su mente, su voz resonando desde su último encuentro en los yermos. «*Es una artimaña, hermano*». Este lugar parecía un engaño de manual, una ilusión demoníaca del paraíso, demasiado perfecta para ser verdad.

Sus ojos, entrecerrados por años de evaluación táctica, escudriñaron la linde en busca de centinelas, del destello de resguardos mágicos, de cualquier falla en el artificio. No encontró nada. Ni guardias, ni trampas, solo la inquietante y armoniosa perfección. Un nudo de sospecha se apretó en sus entrañas, un instinto de guerrero que le gritaba que cualquier campo de batalla tan pacífico ya estaba perdido. Sin embargo, la llamada en su pecho lo instaba a avanzar, una sensación más divina que ninguna que hubiera sentido en siglos. Levantó el pie del desierto y lo posó sobre el musgo.

El mundo cambió en un instante. La temperatura descendió diez grados, el aire se volvió fresco y húmedo sobre su piel. Olía a piedra mojada y a la limpia secuela de

una tormenta. El suelo, una profunda alfombra de musgo, se tragó el sonido de sus botas blindadas, borrando su paso. Abrió y cerró sus puños enguantados, un hábito residual de mil marchas, pero no encontró ni rastro de la arena del desierto, solo el aire suave y fresco. Era un soldado catalogando un nuevo campo de batalla, tratando de encontrar la lógica, el truco, detrás de las sensaciones imposibles. Pasó una mano por el tronco de uno de los árboles; era liso y frío como metal pulido, el brillo metálico de la corteza de sus hojas sin mácula de imperfección alguna. Su cansancio fue olvidado momentáneamente, consumido por una alerta de alta tensión.

Levantó su mano enguantada, una simple prueba que había realizado mil veces para encontrar la fuente de una luz. La giró lentamente. Estaba perfectamente iluminada por todos lados, los intrincados arabescos del metal tan nítidos en la palma como en el dorso. Ninguna sombra caía sobre el suelo de musgo. Repitió la acción, esta vez más despacio, como si la incredulidad pudiera alterar la física. Nada. Recordó las lecciones de mecánica celestial: luz, fuente, oclusión, las simples verdades que estructuraban la realidad. Nada de eso se aplicaba aquí. Esto no era una ilusión diseñada para engañar a los sentidos; era una realidad nueva y errónea con sus propias leyes inquebrantables. Un vértigo espiritual se apoderó de él. Si las sombras no existían aquí, ¿qué otras verdades habrían sido borradas?

Este lugar no era un sortilegio demoníaco. Recordaba una trampa en el Orrery of Worlds, una ilusión hermosa pero imperfecta, con pistas que un ojo entrenado podía encontrar. Esta arboleda no tenía fallas, lo que era la pista más condenatoria de todas. Su armonía era tan implacable que resultaba estéril, como una tumba construida para un dios que nunca había vivido. Su postura cambió de la de un viajero fatigado a la de un soldado cauteloso, su cabeza en un giro lento y constante. Empezó a adentrarse entre los árboles, su respiración controlada y superficial, una disciplina para conservar energía para una lucha que sentía inevitable. La disonancia era una presión nauseabunda en su alma. ¿Cómo podía el camino para sanar su propia fractura conducirlo a través de un lugar que se sentía tan fundamentalmente falso?

Caminó, y la quietud se hizo más profunda. No era una calma pacífica, sino una presencia con presión, como estar en las profundidades del agua. Absorbía el leve susurro de su armadura, el sonido de su propio corazón, incluso los pensamientos en su mente. Intentó concentrarse en un mantra táctico, una plegaria de preparación, pero la quietud sofocaba las palabras antes de que pudieran formarse. Exigía ser escuchada. Se detuvo, arrastrando deliberadamente la bota contra el suelo, intentando hacer un sonido, afirmar su propia existencia contra el opresivo silencio. El musgo absorbió el movimiento por completo. En este lugar, se sentía borrado. Una profunda soledad lo invadió, más honda que ninguna que hubiera sentido en el interminable y vacío desierto. Esto no era paz. Era el olvido.

Mientras el pensamiento se formaba, un sendero apareció ante él. Un tenue rastro de musgo, ligeramente más comprimido que el resto, se hizo visible, serpenteando hacia lo más profundo del bosque. La pálida luz de las hojas pareció intensificarse una fracción sobre esta senda, una invitación. Dudó solo un segundo, una pequeña prueba de voluntad contra la influencia de la arboleda. ¿Era esto una cortesía, o estaba la arboleda leyendo su intención y atrayéndolo hacia su corazón? Decidió que ya no importaba; el destino era el mismo. Puso el pie en el sendero y caminó con una zancada firme y decidida, rindiéndose a su guía. Ya no tenía el control de este viaje, si es que alguna vez lo tuvo.

La perfección antinatural de la arboleda parecía burlarse de él, una hermosa mentira diseñada para atrapar a los desesperados. El recuerdo del rostro de Gabriel regresó, vívido y nítido en el aire fresco, sus facciones grabadas con preocupación y amor bajo el sol del desierto. Las palabras, «*Es un engaño, hermano*», se sentían como un golpe físico aquí. El paso de Miguel vaciló. Se llevó la mano al cuello, sus dedos rozando el lugar donde Gabriel le había puesto la mano en el hombro por última vez, un gesto de hermandad que ahora sentía como el hierro candente de su propia traición. Miró hacia atrás, por donde había venido, un repentino y desesperado impulso de regresar apoderándose de él. Pero el sendero tras él había desaparecido, engullido por el musgo uniforme y sin fisuras. Solo existía el camino hacia adelante. Una punzada aguda de amor por su hermano, mezclada con la amarga certeza de que lo había herido, se instaló en sus entrañas. ¿Y si Gabriel había tenido razón todo el tiempo?

El sendero terminaba abruptamente al borde de un claro. Era un círculo perfecto, los árboles de hojas plateadas formando un coliseo silencioso y expectante. La luz aquí era más brillante, casi cegadora, y en el centro se alzaba un fresno colosal, con la corteza del color de las nubes de tormenta. Su pura antigüedad era una fuerza palpable, un peso en el aire inmóvil. Todas sus evaluaciones tácticas parecían ridículamente insignificantes. Esto no era una fortaleza ni una trampa; era un altar. ¿Pero un altar a qué dios? Se detuvo al borde del claro, su cuerpo buscando instintivamente el cobijo de los árboles. Estaba expuesto aquí, un intruso en un lugar de inmenso poder durmiente. El asombro se mezclaba con un miedo primario. ¿Qué pasaría si ese poder despertara?

En el momento en que entró en el claro, el dolor en su pecho, la sorda llamada que lo había guiado, dejó de ser una guía para convertirse en un destino. La sensación estalló, pasando de ser una vaga atracción a un rugido silencioso y abrumador que resonaba en sus propios huesos. Un único pensamiento de pura claridad atravesó su duda y su miedo: *Es aquí*. Todo el dolor, la marcha, la sospecha... todo había conducido a este único punto en la creación. Llevó la mano al pecho, sobre el origen de la sensación. Sus ojos estaban fijos en el gran fresno, sin parpadear. El viaje había terminado. Ahora debía tomarse una decisión.

Clavada en el duramen del fresno ancestral había una hoja hecha no de metal, sino de luz estelar líquida y contenida. Pulsaba con un ritmo lento y constante, como un corazón dormido, y era la fuente de toda la luz antinatural de la arboleda. Se le cortó la respiración. Había visto las grandes hojas del Cielo: forjadas en fuego sagrado, nombradas en coros celestiales, imbuidas de un propósito divino. Esto era diferente. No llevaba marca de forja convencional, sino que pulsaba con la resonancia de una creación completamente ajena a la comprensión del Cielo. Se sentía más antigua que el concepto de una espada, más antigua que la guerra, más antigua que los dioses que la libraban. Su cautela de soldado se disolvió en una postura de puro asombro, su mirada recorriendo la longitud de la hoja, desde su filo imposible y afilado como la luz hasta la empuñadura simple y sin adornos. La llamada en su pecho era ahora un canto, una resonancia perfecta con el vibrar de la hoja ante él.

La luz de la espada parecía extenderse hacia él, un pulso cálido y acogedor que contrastaba bruscamente con el aire frío y estéril de la arboleda. El zumbido que emitía era un canto de culminación, de plenitud. Prometía un fin al dolor hueco que lo había definido durante tanto tiempo. Un recuerdo afloró, sin ser llamado: la batalla, mucho tiempo atrás, donde una parte de su espíritu había sido arrancada, dejando la herida que nunca había sanado. La espada prometía llenar esa forma exacta, volverlo a completar. Un anhelo abrumador y desesperado surgió en él, la sensación más seductora que jamás había conocido. Dio un paso involuntario hacia adelante. Su mano, que había estado cerrada en un puño, se abrió lentamente, como para recibir un regalo.

Pero la promesa se sentía como una mentira. La luz de repente pareció más fría, su belleza, depredadora. La quietud de la arboleda se sentía como la respiración contenida de un vacío, esperando para consumirlo. Un pavor helado, la imagen especular perfecta de su anhelo, se apoderó de él. La espada no *llenaría* el vacío en su interior; lo *reemplazaría*. Vertería su propia naturaleza ajena en el espacio hueco de su alma, ¿y qué quedaría entonces de Miguel? Sería un recipiente, un guantelete para este poder antiguo y amoral. Retrocedió, dando un paso atrás del árbol, su cuerpo de repente rígido por la tensión. Se agarró el brazo, un gesto físico y desesperado de autopreservación. Un músculo en su mandíbula apretada se crispó. Estaba atrapado entre dos fuerzas iguales y opuestas, una elección entre dos aniquilaciones. ¿Qué era peor: permanecer roto para siempre, o ser rehecho en algo completamente distinto?

No podía quedarse ahí para siempre. Retirarse era vivir con la herida, cargar con este vacío por el resto de la eternidad. Avanzar era arriesgar todo lo que era por una cura que podría ser un veneno. Eligió la dignidad de una respuesta final, fuera cual fuera. Empezó a caminar hacia el gran fresno, su zancada lenta y medida, el andar de un comandante que inspecciona a sus tropas antes de una carga final y desesperada. Era una máscara de control sobre el torbellino de miedo y esperanza que se agitaba en su interior. El musgo bajo sus pies se sentía a

la vez suave y sólido, como el camino hacia un trono o un patíbulo. La luz de la espada se intensificó a medida que se acercaba, proyectando en su rostro un relieve crudo e implacable.

Se detuvo ante el árbol, lo bastante cerca como para sentir la vibración de la espada en el aire, un zumbido grave y poderoso que resonaba en lo profundo de su pecho. La luz que proyectaba era fría sobre su piel. Su mente, por primera vez en semanas, quedó completamente en calma, vaciada por la pura gravedad del momento. Solo existían la espada y el espacio entre ellos. Levantó lentamente la mano derecha. Sus dedos estaban firmes, pero un temblor recorrió su brazo, testimonio de la guerra que se libraba en su alma. Se detuvo, con la palma vuelta hacia la empuñadura, a centímetros de distancia. La sensación de inevitabilidad era abrumadora, como si este momento estuviera escrito en el tejido de la creación antes de que naciera la primera estrella.

Sus dedos se crisparon, suspendidos en el espacio entre su piel y la empuñadura. El aire allí parecía crepitar con una energía invisible. Un último y fugaz recuerdo afloró: el rostro de Gabriel, no suplicante, sino sonriente, de un tiempo muy anterior a la guerra, anterior a la herida, anterior a que todo esto comenzara. Una disculpa silenciosa se formó en su corazón, un adiós. Estaba eligiendo esto por sí mismo. Esperaba que su hermano algún día lo entendiera. La luz de la espada pareció hincharse, respirar, y la profunda quietud de la arboleda se intensificó, como si el mundo mismo contuviera la respiración con él, esperando a ver si sería salvado, o si sería borrado.